

MONATICO
 DE LA
 REVISTA NACIONAL
 MADRID
 1904

ROSA Y AZUL



SUMARIO: El milagro de la fe, por Enrique Pérez Escribá, con ilustraciones de J. Cuevas. — Impresiones: Un paseo escolar, por el Corresponsal de Cazorla. — Retazo, por José Rodao. — Cuento del concurso: De anarquista á cristiano. — **EL ENGAÑO DEL VESTIR**, comedia por Rafael Leyda. — De colaboración: El escarmiento, por Ignacio Rodrigo. — Carta ilustrada. — Historietas. — Pasatiempos. — Correspondencia. — Y las divertidas **AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO**.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia artística y administrativa á D. Estanislao Maestre.
 Marqués de Santa Ana, 2, primero.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie. **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✂

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

NACIMIENTOS y figuras finas de Granada, Murcia, y tipos hebreos *** No comprar sin visitar antes la antigua casa de **E. MORENO**, Fabricante en corcho.

Corcho rústico. — Madrid. — Abada, 19 y Carmen, 31.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

Para toda clase de anuncios diríjanse á Mayor, 1, tel.º 123, Sociedad Anunciadora

LA PRENSA

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



GONZALO ESPESO (de doce años)
Habitante en León, calle de Palón.
(28 de las fotografías admitidas.)



EL MILAGRO DE LA FE

I.—La nieve.

Yo he reunido en el fondo de mi tintero los materiales más preciosos para *tejer* la fábula de una de esas novelas que en el *caló* de las exageraciones literarias se llaman *perlitas*; y os aseguro que, ó no entiendo una palabra de *inflar perros*, ó la presente historia probará á las generaciones venideras que el autor de *El maestro de baile* era un *muchacho* muy aprovechado.

Voy, pues, á entrar de lleno en el asunto, exponiendo antes los materiales que poseo para el desarrollo de la presente fábula.

Cuento con el silencio religioso de los campos, con el imponente misterio de la noche, con la poética luz de la luna, cuyos rayos de plata se quiebran como madejas de hilado cristal entre las movibles copas de las encinas, con la purísima blancura de la nieve que cubre la tierra, con el aullido amedrentador de los famélicos lobos, con la apreciable colaboración de D. Prudencio *Relamido*, profesor de canto llano, *festero de pueblo*, tenor *místico*, cuya voz, á pesar de cin-

uenta años de *gorgoritos*, si resonara bajo las anchurosas bóvedas del Vaticano, causaría la delicia del Padre común de los fieles. Cuento también con el virginal apoyo de Angelita, nieta del profesor de música *Relamido*, niña angelical de diez años de edad, tiple absoluta de la compañía, que viste de muchacho para evitar la maledicencia proverbial de los pueblos; con Saturnino *Corchea*, violín que sabe arrancar á su instrumento todos los sonidos que arrullaron el sueño del Patriarca Noé durante los días de navegación en el *Arca santa*; con Pablo *Sostenido*, fagot de la fuerza de *doscientos caballos*, que levanta las baldosas de las aceras con los sonidos de su instrumento, y con Palmacio *Semifusa*, clarinete, que siendo uno suena como tres en las ocasiones solemnes.

Se levanta el telón.

La luz de la tarde declinaba hacia Occidente, enviando á la tierra su adiós de despedida, mientras que por Oriente las primeras sombras de la noche iban avanzando por

un cielo plomizo, ansiosas de apoderarse del imperio de las tinieblas.

Había nevado mucho: las quebraduras de los barrancos, las redondas marañas, las copudas encinas, se veían festoneadas con ese vapor que se hiela y condensa en la atmósfera, para caer después convertido en blancos copos sobre la tierra.

Las veredas, los caminos abiertos por el pie ó la piqueta del hombre, habían desaparecido bajo el blanco sudario. El panorama era triste, melancólico; hacía pensar en la muerte, porque el calor es la vida y el frío la muerte; y aquella tarde el frío era extremado.

Bordeando las faldas de un monte, con paso inseguro y medroso, como el que teme que se abra debajo de sus pies la boca de un insondable precipicio, caminaban, con la frente inclinada hacia la tierra y el pensamiento puesto en Dios, cuatro hombres y un niño.

Los pobres caminantes, á juzgar por el macilento aspecto de sus fisonomías, parecían hallarse envueltos en una aureola de profunda tristeza; era indudable que esa hermosa flor de la esperanza que vivifica el espíritu y fortalece el cuerpo les iba abandonando.

Sus abigarrados trajes, mezcla de caballero y mendigo, y unos objetos que ocultaban cuidadosamente debajo de sus abrigo, les daban un aspecto verdaderamente extraño.

El más viejo caminaba delante, llevando de la mano al niño, cuyo rostro angelical y largos cabellos rubios, salpicados en copos de blanca nieve, le daban una expresión de infinita ternura.

Aquel infeliz niño debía tener mucho frío, á juzgar por el amarotado color de sus mejillas y los estremecimientos que de vez en cuando sufría su cuerpo, mal abrigado bajo los pliegues de una capa sin esclavina de raído y agujereado paño. Detrás del viejo y del niño caminaban tres hombres, que sin duda menos prácticos en el terreno que el anciano que les servía de guía, iban buscando las huellas que dejaba en la nieve para apoyarse en ella los pies.

Estos viajeros eran unos pobres músicos, mártires de la ritmopea, que iban á amenizar las fiestas del santo á un pueblo cercano con los acordes de sus instrumentos y los melódicos ecos de sus voces.

El jefe y director de esta desvalida caravana tendría unos sesenta años de edad; su semblante tímido, lleno de unción, su mirada dulce, sus venerables canas, le hacían simpático á primera vista. Llevaba un montecristo gris, que apenas le llegaba á las rodillas, una bufanda de estambre y un mugriento y raído sombrero de copa alta, cuyas pocas consistentes alas se doblaban hacia la tierra bajo el húmedo peso de la nieve.

Los demás vestían por el estilo, como visiten esos pobres músicos de la murga, que viven muriendo, dando serenatas, celebrando regocijos, fiestas y alegrías, de las que desgraciadamente no disfrutaban nunca.

En los semblantes de nuestros infelices héroes se hallaban impresos todos los característicos síntomas del frío desconsolador que sentían sus cuerpos, y los preludios del hambre, que mortificaba sus estómagos.

Sin embargo, seguían en silencio y sin protestar á su maestro, con la resignación del mártir que ha hecho de antemano el sacrificio de su vida, resignación más sublime, si se quiere, pues que ninguno de ellos tenía la esperanza de que le canonizara la Iglesia.

La noche, mientras tanto, avanzaba á pasos de gigante. El porvenir para los infelices festeros era desconsolador, pavoroso.

De vez en cuando algún suspiro, huyendo del infortunado cuerpo que lo encerraba, rompía el monótono silencio de la noche.

La niña, que iba temblando, cogida de la mano de su abuelito, cansada sin duda del mutismo de sus compañeros de viaje, preguntó con una voz de querubín, muerta de frío:

—¿Falta mucho, abuelito, para llegar al pueblo?

—Hija mía, debe faltar poco—contestó el anciano exhalando un suspiro que encerraba todo un poema de ternura—. Pero si te cansas, te llevaré en brazos.

—No me canso; pero tengo frío.

El anciano se quitó la bufanda y la arrolló cuidadosamente por el cuello de la niña.

—¡Pero usted se queda desabrigado!—exclamó Angelita.

—¡Bah!—añadió D. Prudencio haciendo un esfuerzo por sonreirse—. La noche está muy templada; yo no tengo frío...

Y al decir esto, un estremecimiento involuntario agitó todo su cuerpo y dos lágrimas

de sus ojos, rodando por sus venerables mejillas.

—Señor D. Prudencio—dijo el fagot con una voz de trueno, cuyo eco fué á perderse en las concavidades de los barrancos—: yo creo que usted ha equivocado el camino, y si no encontramos pronto el pueblo, si nos vemos precisados á pasar la noche en la falda de este monte, yo le aseguro á usted que mañana, en vez de ser músicos, seremos sorbetes.

—Amigo D. Pablo, siempre ha sido en us-



ted la exageración una cualidad preferente—contestó el anciano, dejando asomar á sus labios la dulce sonrisa de la resignación.

—Pues mire usted, maestro—añadió el clarinete—, no deja de tener razón el fagot.

—¡Razón! Razón y media digo yo que tiene. Nos hemos extraviado; estamos perdidos; ni la bula de Meco nos salva—exclamó tirando el violín.

Aquello comenzaba á ser un principio de insurrección.

—Vamos, vamos, no hay que desanimarse—repuso tímidamente el maestro—. Dios es bueno; Dios no olvida nunca á los que ponen en El su confianza.

—Sí: confía en la Virgen y no corras—re-

puso el fagot, como el hombre que ve en derredor suyo un porvenir negro como las alas de un cuervo—. Si usted no tenía seguridad de conducirnos al pueblo, debió decirlo, y entonces hubiéramos buscado un práctico ó nos hubiéramos quedado á dormir en la venta.

—Pero, amigo Corchea, cuando una nevada de esta naturaleza cae sobre la tierra, los hombres más prácticos se desorientan. Sigamos adelante, Dios querrá que encontremos el pueblo; no debe estar lejos. ¡Animo, amigos míos! Bien sabe Dios que no por mí, sino por ustedes y esta pobre niña, siento mi torpeza.

—Tengo frío, abuelito, pero mucho frío—repitió la niña—; parece que se me duermen las piernas.

—Ven, hija mía, ven; te llevaré en brazos abrigadita debajo de mi carriik. Cuando lleguemos al pueblo mandaré que pon-

gan mucha leña en la chimenea, y verás qué gusto, qué placer tan inmenso causa el calentarse cuando se tiene frío.

Y el pobre anciano, que lloraba en silencio, sin lamentarse, no por el frío, que entumecía su cuerpo, sino por el que sufría su adorada nieta, encorvó su cuerpo hacia la tierra para coger entre sus brazos aquel pedazo de su alma.

—Eso no—dijo el fagot sin dejar su entonación malhumorada—. Usted es muy viejo y va cansado; yo soy joven y fuerte. Además, tengo capa y puedo tapparla con el embozo. Ven, Angelita; ven, pobre niña; ¡temprano empieza para ti el calvario de la vida!

Y el fagot cogió la niña y la rebujó debajo de su capa con cariñosa solicitud.

Angelita dejó caer su hermosa cabeza de serafín sobre el pecho protector de Pablo, y se sonrió como el ángel que se dispone á dormir.

En los ojos del anciano, llenos de lágrimas, brilló una mirada de esas que el len-

guaje de los hombres no tiene palabras con qué describirlas; aquella mirada era el alma del pobre abuelito que asomaba á sus pupilas demostrando toda la ternura, todo el agradecimiento que le inspiraba el protector de su nieta.

—¡Gracias, amigo Pablo, gracias!—murmuró el anciano con un acento que parecía un gemido—. La madre de esta niña intercederá por nosotros desde el cielo.

Y D. Prudencio besó respetuosamente la raída capa con que aquel compañero de infortunio procuraba abrigar al helado cuerpo de su nieta Angelita.

Los músicos continuaron su vía dolorosa. De pronto llegó hasta sus oídos el eco de una lamentación larga, prolongada, quejumbrosa; y todos, como si obedecieran á una misma voluntad, detuvieron su paso y se miraron.

Hubo una pausa, una de esas pausas que oprimen el espíritu, porque ocultan con su enervador silencio un peligro que la razón no acierta á definir.

Por segunda vez escuchóse á lo lejos, pero en sentido opuesto, el mismo ¡ay! quejumbroso, y luego otro, y otro y otro, como si aquellas lamentaciones arrancaran pavorosos ecos á las concavidades de los barrancos.

Los infelices músicos se agruparon los unos á los otros, obedeciendo á ese espíritu de unión que se desarrolla en todos los seres vivientes cuando se creen amenazados de un gran peligro.

Los lamentos inexplicables continuaban interrumpiendo el imponente silencio de la noche; pero se oían más cerca, como si ganaran terreno, como si avanzaran, como si quisieran envolver en un círculo de gemidos el dolor de los pobres caminantes.

—Parece que se queja alguno—dijo el violín.

—No es uno; son varios—añadió el clarinete.

—¿Qué podrá ser?—añadió el fagot.

—Amigos míos—contestó el anciano elevando dolorosamente los ojos al cielo—, esas lamentaciones nos anuncian algo más temible que la noche, que la nieve, que el hambre. ¡Son los lobos!... ¡Los famélicos lobos, que vienen por su presa!...

—¡Los lobos!—exclamaron con espanto los infelices músicos.

—¡Los lobos!—repitió Angelita, levantan-

do su hermosa cabeza como si obedeciese á esa curiosidad peculiar de la infancia—. ¡Los lobos!... Yo no los he visto nunca. ¿Me harán daño, abuelito?

En aquel momento se vió aparecer en la cima de un monte la silueta de un lobo. Allí se detuvo, reconoció el terreno, levantó la cabeza moviéndola á derecha é izquierda como si venteara, y abriendo luego su repugnante boca, formuló esta bárbara lamentación.

—Ña... ña... ña... ña... au... u... u... u...

Estas notas estridentes, amedrentadoras, que parecían producidas por el choque de dos planchas metálicas, se repitieron en varias direcciones con pavoroso desconcierto y helando la sangre en las venas de los pobres viajeros.

El lobo que se había presentado en la cima del monte era el lobo explorador, el más viejo de la manada, el que olfateaba la presa á doble distancia que alcanza su penetrante vista; en una palabra, el jefe, el rey absoluto; sólo que este rey, cuando llega el peligro, se queda á retaguardia y manda atacar á los súbditos jóvenes.

La presencia del carnívoro habitante de los montes y bosques esparció el terror entre los infelices músicos, y Dios sólo sabe lo que hubiera sido de ellos, obedeciendo los perniciosos consejos del pánico que les impulsaba á la fuga, á no detenerlos D. Prudencio con estas palabras:

—Amigos míos, la fuga es inútil; los lobos corren más que los hombres, y cuando se huye delante de ellos se enardece su ferocidad, y la muerte es segura; pero una muerte espantosa, horrible. Quietos aquí, y valor: para defendernos de los enemigos que nos rodean, contamos con armas poderosas; recordad los prodigios del arte divino de la música; recordad á *Tomiris*, que deleitaba á las musas; á *Terpandro*, que contenía con los acordes de su lira las sangrientas sediciones de Macedonia; á *Empedocles*, que con los melodiosos acordes de su instrumento arrancaba el arma de los manos de los suicidas; y al divino *Orfeo*, al hijo inmortal de *Apolo* y de *Caliope*, aquel inolvidable inventor de la cítara, que, por oírle, los árboles y las rocas dejaban sus puestos, los ríos detenían su curso y las fieras se reunían en torno suyo, siguiéndole como mansos corderos. Sólo Dios y la música pueden salvarnos en

este trance aflictivo. Angelita, hija de mi alma, canta con tu abuelito la plegaria de la Virgen, que tantas veces hemos elevado al cielo en las rogativas de los pueblos; y ustedes, mis queridos amigos, acompañen con la fe de verdaderos creyentes nuestro canto religioso.

Las órdenes del maestro fueron obedecidas. Los músicos desenfundaron sus instrumentos; el valor, la esperanza comenzaba a reanimar sus corazones.

Don Prudencio cogió a su nietecita en brazos, la besó con ternura, y con la misma gravedad que si se hubiera hallado en el coro de una iglesia dirigiendo la parte musical de una fiesta religiosa, levantó la mano derecha a la altura de la frente, la extendió luego hacia adelante y dijo:

—Oído y compás. Una... dos... tres... ¡Ahora!

El violín, el clarinete y el fagot enviaron sus notas al aire con una precisión que no habían podido conseguir nunca en su larga vida de mártires de la ritmopea.

El himno religioso, composición del maestro D. Prudencio *Relamido*, llenó los anchurosos ámbitos de aquel vasto teatro construido por la Naturaleza, mezclándose de un modo extraño con los aullidos aterradores de los lobos; y elevándose al cielo por encima de las notas musicales, se oyeron las vo-

ces de Angelita y de su abuelo, que cantaban la siguiente plegaria:

¡Oh Virgen María!

¡Oh estrella ejemplar!

Tú que endulzas la amarga agonía del ser desvalido que vaga perdido por tierra y por mar, vuelve, Madre, tus ojos de cielo do anida el amor, y concede piadosa a mi duelo tu amparo y favor.

En aquel momento asomó otro lobo en la cima de la montaña... luego otro, y otro y otro. Allí se reunieron muchos: más de veinte. Se agruparon como si combinaran en silencio la manera de atacar la presa que codiciaban. Después comenzaron a descender pausadamente, formando una media luna, con dirección a los desvalidos músicos, que, con los cabellos erizados y los cuerpos unidos espalda con espalda, veían con terror aquellos movibles ojos de fuego que se iban acercando, mientras ellos esperaban resignados la muerte entonando el himno a la Virgen, única esperanza que les quedaba en la tierra.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

(Ilustraciones de Cuevas.)

(Se continuará.)



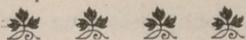
—¿Es cierto que has perdido el juicio?

—¡Qué dices!

—Sí, Quintiliano, sí; el juicio de desahucio.



Dicen que es un bello sujeto; pero yo no lo creo.



IMPRESIONADOS vivamente por el deseo que teníamos de presenciar uno de estos paseos, que sólo conocíamos aquí por lo que nues-

el momento que elegimos para nuestra instantánea número 1.

Terminada la clase, y después del correspondiente saludo de nuestra parte y de un rato de charla con el Sr. del Barco, emprendió éste un nuevo trabajo en unión de sus más aventajados discípulos, consistente en el trazado de rectas sobre el terreno y en el cálculo de la superficie de una haza que contigua allí había, de la forma de un triángulo escaleno. Por la facilidad con que los alumnos resolvieron el



Explicando una lección.

tros eminentes pedagogos y la prensa nos habían hablado de ellos, emprendimos la marcha en pos de los alumnos de la escuela elemental que tan acertadamente dirige, como profesor interino, el Sr. D. Antonio del Barco, cuando en correcta formación pasaron por nuestra plaza de los Gómez Sigura.

Al llegar á uno de los muchos pintorescos sitios que circundan esta ciudad, llamado «El Prado», el profesor hizo sentar á los niños en una extensa explanada y comenzó á explicarles las ciencias naturales relacionadas con la fabricación de objetos de cáñamo, clase que fué elegida como principio de su trabajo, según nos manifestó después, por haber encontrado en el camino una gran cantidad de cáñamo puesto á macerar. Este fué

problema en cuestión, comprendimos lo familiarizados que se encuentran con esta clase de ejercicios.

Al practicar las medidas de la base y altu-

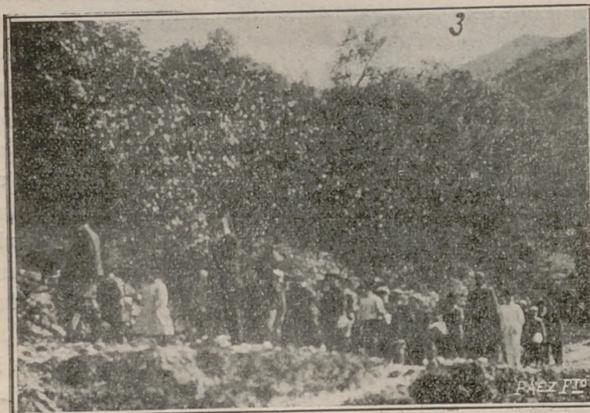


La merienda.

ra del triángulo de referencia, cada alumno apuntó estos datos en un cuaderno que al efecto llevaba dispuesto, para resolver en él los problemas que les pusieran y para anotar cuanto de particular hallasen en el paseo que

les pudiera servir como medio de instrucción.

—Con estos apuntes y las explicaciones que oportunamente dé en la escuela—nos manifestó el Sr. del Barco—, harán otro día



De regreso.

los alumnos una composición y croquis sobre el paseo.

Estos trabajos hemos tenido el gusto de admirarlos hoy, en su mayor parte bien hechos.

Á la una de la tarde, hora designada para comer, cada alumno sacó su merienda; y sentados acá y allá, pero siempre á la vista del profesor, se dispusieron á satisfacer el apetito que con el trabajo y el juego se les había despertado.

Bonito grupo, en verdad, es el que representa nuestra instantánea número 2; y más bello aún para nosotros que pudimos apreciar la fraternidad que reinaba entre aquellos niños, que disfrutaron por igual, toda vez que los menos favorecidos por la fortuna fueron cariñosos y espléndidamente obsequiados por sus más acomodados condiscipulos.

Á las cuatro de la tarde, y en el mismo orden de formación de la mañana, regresaron á la escuela, á cuyo regreso se refiere nuestra instantánea número 3.

Grata impresión ha dejado en nuestro ánimo este paseo, del que seguramente habrán cosechado abundante fruto los niños de la escuela elemental, pues en él se atendió á la educación

bajo las tres formas que la constituyen.

Terminamos felicitando sinceramente al Sr. del Barco, por su labor iniciada en favor de la primera enseñanza de esta ciudad, y le rogamos no desmaye en la tarea emprendida, pues él bien sabe que nadie, como la Naturaleza, puede proporcionarle abundante material para sus trabajos escolares.

CORRESPONSAL.

Cazorla, 30 Noviembre 1904.

—|> RETAZO <|—

CUANDO los angelitos,
allá en el cielo,
no le dan con sus voces
guerra á San Pedro,
para premiarlos dice:
—Ya que sois buenos,

¿qué deseáis que os traiga?
Y alegres ellos...
¡le piden angelitas
de ojillos negros!

JOSÉ RODAO.

CAPÍTULO XIII

CONVÉNCESE EL PEQUEÑO FILÓSOFO DE QUE EN UNA TRAVESÍA PUEDEN OCURRIR SU-
CESOS DESAGRADABLES.

Apenas la *Carmen* se puso en marcha la tripulación demostró sus deseos de divertirse: lo cual puso en práctica bajando á la bodega y dando un tiento á las pipas del vino que á poco si las dejan sin gota.

No tardó el vino en producir sus efectos, y pronto los tripulantes roncaban sobre cubierta como unos benditos.

Por fortuna el tiempo era hermoso: de otro modo las filosofías de Juan se habrían estrellado contra una roca.

El timonel, aunque estaba un tanto calamocano, permanecía en su puesto; y no cumplía mal su cometido, porque cuando la brújula marcaba 30°, él veía 60. Pero como todo se acaba en este mundo también sus fuerzas tuvieron fin. Entonces pidió relevo.

¡Sí relevo! Como no viniera el moro Muza á empuñar el timón...

Intentó despertar á varios. Tarea inútil. La emprendió con ellos á puntapiés. Como si tal cosa. ¿Qué hacer? Pues echarse también á dormir. Y de tal forma cogió el sueño, que aun dándole todos los puntapiés que él propinó á sus compañeros, no se habría conseguido despertarle.

Quedó, pues, la *Carmen* navegando á discreción, y nunca se pudo decir con más fundamento aquello de

allá va la nave;
¿quién sabe dó va?

A todo esto Mesty, que había encontrado en la cámara 14.000 duros, permanecía sentado á la mesa en compañía de Juan.

Celebraron una conferencia, y aunque filósofos los dos, acordaron guardárselos y no decir una palabra á la tripulación.

Eran muy amigos de la igualdad, ¡pero es tan goloso el dinero!...

Con el ajeteo de la noche anterior, pasada en pie, y la satisfacción del hallazgo, no tardaron en quedarse dormidos, Juan primero; Mesty después.

Hacia la madrugada el ex príncipe se dió un soberbio cabezazo encima de la mesa. Esto le hizo despertarse y exclamar:

—¡Mil bombas!... ¡Me he quedado dormido como un niño!

Se asomó á la ventana y vió que soplabá un viento fuerte del lado de popa.

—¿Cómo no me habrán avisado?— se preguntó Mesty.

Subió á cubierta y encontró á todos dormidos. Gritó. Como si hubiera dicho truco. El buque marchaba velozmente á merced del viento y en sentido contrario. Como no había tiempo que perder arrió las gavias, aseguró la caña del timón y bajó en busca de Juan para que le ayudase.

Cuando estuvieron sobre cubierta Mesty dijo á Juan:

—¡Esto es imposible! De seguir en manos de estos puercos borrachos nos estrellaríamos. Voy á refrescarles.

Cogió varios cubos de agua y se los fué echando en las cabezas á los alcoholizados marineros; lo cual pareció hacerles recobrar el conocimiento.

—¡Esto es contrario á la Ordenanza, señores míos!—gritó Juan—. En cuanto amanezca he de leérsela entera seis veces seguidas.

—Otra cosa más práctica hemos de hacer, y es darles el vino con cuenta gotas. Ya empiezan á despertar; voy á tomar mis medidas.

Dejó á Juan entregado á sus meditaciones y se marchó hacia la bodega.

El pequeño filósofo pensó una vez cuer-

damente, y he aquí lo que á sí mismo se decía:

—Creo que no he obrado prudentemente. Estoy en medio del mar y en manos de unos tripulantes que no respetan la Ordenanza, y que se embriagan á las primeras de cambio. Esto no va muy bien. Tengo un gran buque, pero si nos sorprende un temporal ¿qué hago con tan poca gente? Yo sé muy poco, apenas puedo arriar una vela, y en cuanto á empuñar el timón ó indicar el derrotero, ni jota. En esto creo que cuantos estamos dentro del buque nos hallamos á la misma altura. Recuerdo que al pasar por el Estrecho observé que era muy corto; si viera la roca de Gibraltar la conocería en seguida. Hablaré con Mesty.

Volvió éste con las llaves de la bodega colgadas del cinturón.

—Que intenten ahora emborracharse— dijo á Juan.

Las duchas suministradas por el negro á los marineros hicieron su efecto, y no tardaron éstos en ir poniéndose en pie. Algunos miraban al cielo, y como le veían sin la menor nube, atribuían la mojadura á pura ilusión; mas apenas se tentaban la ropa juraban y perjuraban, amenazando con una insurrección.

Cuando amaneció notaron con sorpresa que el buque estaba á una milla de la costa, y frente á la batería.

Afortunadamente pudieron variar el rumbo que seguía el buque y evitarse un percance.

Ante el temor del peligro á que estuvieran expuestos, los tripulantes amainaron sus excitados ánimos y escucharon resignados la lectura de la Ordenanza.

Juan aprovechó esta coyuntura y leyó hasta siete veces los artículos que trataban de la embriaguez. Al terminar, lanzó una mirada sobre los tripulantes á los

cuales esperaba ver confundidos, anonadados. Pero ellos estaban tan tranquilos. Los habían oído leer tantas veces...

Mejor efecto produjeron las medidas tomadas por Mesty, pues cuando Juan terminó la lectura de la Ordenanza bajaron en busca de vino, y encontráronle bajo llave.

Entretanto el capitán y el teniente improvisados celebraron una conferencia.

El primero preguntó al segundo si sabía por dónde podrían dirigirse para llegar á Tolón. Mesty le dijo que no sabía una palabra.

—Pues entonces lo mejor será volvernos á Gibraltar si podemos, y yo creo que sí, porque al entrar en el Mediterráneo teníamos á la izquierda la tierra; luego si seguimos la dirección que ahora llevamos, como la tenemos á la derecha no tardaremos en llegar.

Mesty encontró admirable el plan de Juan y afirmó que nunca se vió un marino más experto.

Bajaron por la costa desviándose de ella cosa de unas seis millas. La tripulación preparó la comida y Mesty le dió á cada uno su ración de vino, casi el doble de lo que en la *Harpy* les daban.

Uno de los tripulantes, hijo primogénito de Baco, levantó la voz y dijo que si los demás le acompañaban tendrían el vino en abundancia. No pudo concluir, porque mientras Mesty le amenazaba con hundirle el cuchillo en la garganta si continuaba, Juan le pegó un garrotazo que le hizo caer al suelo.

El castigo recibido y el que se cernía por el aire metieron en cintura al levantisco; pero de no ser por temor á Mesty no lo habría pasado muy bien nuestro pequeño filósofo: tal vez la tripulación hubiera dado cuenta de él.

A partir de aquella noche Juan y Mesty

hicieron la guardia por turno. Hasta llegar á Cartagena las cosas marcharon á satisfacción de los prófugos; pero en este puerto los sorprendió un fuerte vendabal del Norte que los arrojó á alta mar, donde anduvieron dando barzonadas por espacio de tres días.

La tripulación ya estaba cansada y á disgusto; sólo Mesty permanecía adicto á Juan.

Al cuarto día amainó la tormenta y el mar quedó en calma á la caída de la tarde. Y entonces fueron los apuros, porque sabían que estaban en alta mar; pero ignoraban en qué sitio.

Esto hizo comprender á Juan que no era tan fácil hacer una travesía por mar sin tener conocimientos de náutica, como filosofar dentro de un pozo ó en la copa de un árbol.

Capearon como pudieron la noche y á la mañana siguiente se hallaron en unos islotes, cerca de unas rocas.

Propuso la tripulación que se buscara un fondeadero, con objeto de descansar, porque ya estaban todos molidos. Se encontró hacia la izquierda, y uno de los marineros se ofreció á ir en un bote para ver si había posibilidad de desembarcar.

Al poco rato volvieron diciendo que había bastante agua y que la playa era una balsa de aceite; pero que se notaba que aquellos islotes estaban deshabitados.

Acercaron el barco á la playa y sin decir una palabra á Juan saltaron á los botes y se dirigieron á tierra. No gustó mucho al capitán que desembarcaran sin pedirle permiso.

Poco después volvieron en grupo y se presentaron á Juan. El patrón llevaba la voz. Dijo que habían encontrado un sitio á propósito para levantar una tienda, y que como estaban cansados era preciso que les diera permiso para desembarcar

unos barriles de vino; pues si estaba prohibido emborracharse á bordo, en tierra podían hacerlo libremente.

En el buque había vino para tres meses; aunque ellos acertaran la ración quince días, no se perdía gran cosa. El capitán resolvería; ellos estaban dispuestos, de grado ó por fuerza, á llevarse los barriles.

Juan iba á contestar emprendiéndola á garrotazo limpio con los pediguñeos; pero le contuvo verlos armados. Consultó el caso con Mesty, y éste le dijo que no había más solución que acceder á lo que pedían. Cuanto antes consumieran el vino, mejor.

Y aquí se presentó Juan como hábil diplomático, y accediendo á la fuerza hizo creer á la tripulación que lo hacía por gusto.

En tierra podían emborracharse cuanto quisieran, puesto que la Ordenanza quedaba á salvo.

Cuando los marineros estuvieron en posesión de media docena de barriles, se despidieron de Juan y de Mesty y pusieron el bote con rumbo á los islotes.

Mesty los vió partir, y cuando el bote estuvo á distancia, rugió, levantando los puños:

—¡Me las pagaréis todas juntas! Dejad correr el tiempo que á cada puerco le llega su San Martín.

Juan, profundamente pensativo, no dijo una palabra. Lo que acababa de presentarse no tenía ningún capítulo en su tratado de filosofía.

Al poco rato volvieron algunos con el bote en busca de varias cosas que habían olvidado.

Juan los miraba marchar con el ánimo apesadumbrado.

—Gracias á que no dijimos una palabra del dinero—observó Mesty.

—Es verdad; aunque no sé para qué les hubiera servido en esos islotes.

—Pues así y todo habrían sido capaces de matarnos con tal de apoderarse de él. En fin, ya los tengo en la ratonera; espere usted un poco.

Juan, distraído, contemplaba una lonja de tocino que se habían dejado olvidada sobre la cubierta. De pronto, sin saber lo que hacía, la cogió y arrojóla al mar.

Pronto sacó un bulto la cabeza, y cogió la lonja, hundiéndose en las aguas con ella.

—¿Qué es eso?—preguntó Juan.

—Un tiburón negro—contestó Mesty—; y de la peor especie; porque mientras no están encima no se los ve—; y centelleando sus ojos de placer, continuó—: ¡Oh!... esos tiburones han de terminar con el motín. ¡Ya os tengo en la mano!... ¡¡borrachines!!

Juan, horrorizado ante las amenazas de Mesty, se alejó de aquel sitio.

Los que se habían marchado á la playa trabajaron con gran ardor durante el día á fin de tener un resguardo donde entregarse al placer de la bebida.

Levantaron la tienda y colocaron con orden todos los objetos que se llevaron del buque.

Desde el barco se veían perfectamente todos sus movimientos y se los oía hablar. La apertura de uno de los barriles de vino, cuando todos estaban sentados frente á una caldera de rancho, fué recibida con estruendosa gritería. Después de comer empezaron un baile infernal, con las copas llenas en alto.

Mesty se acercó á Juan, y con amarga sonrisa le dijo:

—Aguarde usted un poco.

Al fin se restableció el orden, y la luna asomó en lontananza. Entonces Mesty, cogiendo á Juan por un brazo, le dijo:

—Cuélguese al cinto las pistolas y vamos á bajar al bote.

—¿Para qué?

—Para traernos el cutter que está en la playa, aprovechando el sueño de esos borrachos.

—¿Por qué les vamos á dejar sin el barco?—preguntó el joven pensando en los tiburones y en que los marineros tendrían que venir á nado si querían regresar al buque.

—Por la sencilla razón de que mañana podrán emborracharse como lo han hecho hoy, y con borrachos no se va á ninguna parte. Figúrese usted que les da por cortarnos la cabeza para hacer mangas y capirotes del buque.

—Y serían capaces de hacerlo.

—En cuanto se les ocurra. Debemos apoderarnos del cutter, si no por la seguridad de usted, á quien tal vez respetaran, por la mía, á quien odian y matarían sin compasión. ¡Y eso no puede ser! ¡Mil centellas! Espere usted un poco, Sr. Franco.

Juan, comprendiendo lo fundamental de la observación de Mesty, bajó á la cámara, y cogiendo sus pistolas se las colgó al cinto.

—¿Qué hacemos con el español?

—Dejarle á bordo. No tiene armas, sabe cómo las gasto yo y no hará nada: le conozco bien.

Bajaron al bote los improvisados jefes y remaron hacia la orilla. Los marineros estaban bajo la presión del alcohol y ni oían el ruido de los remos ni se dieron cuenta de que les dejaban en tierra y sin barco.

Quando Juan y Mesty amarraron el cutter á la popa del buque saltaron á éste.

—Ya podemos irnos á dormir tranquilamente—dijo el ex príncipe frotándose las manos de júbilo—. Mañana verá usted

CUENTOS DEL CONCURSO

DE ANARQUISTA Á CRISTIANO

I

EN la villa de X se formó una Sociedad titulada *La Protectora*, cuyos individuos eran casi todos de ideas exaltadas. Los más habían estudiado con bastante aprovechamiento en esa gran cátedra llamada presidio.

Según ellos, la Sociedad tenía por objeto socorrer á los desheredados de la fortuna; pero no estaban de acuerdo con las doctrinas que allí se explicaban.

Cierta noche (un sábado) se celebraba junta con motivo de ingresar en filas un individuo; por esto se hallaban impacientes.

La concurrencia era numerosa; el sótano donde había de celebrarse la junta se hallaba de bote en bote; sólo faltaba el presidente para dar principio.

Llegó la hora. El compañero *Adoquin*, alma y vida de aquella Sociedad, se presenta agitadísimo.

Me permitiréis que, aunque sea á la ligera, haga una pequeña reseña del compañero *Adoquin*.

Es alto y delgado como una caña de pescar, con la indispensable gorra de cuadros color salmón, blusa y pantalón sucios, cara famélica, cabellos enmarañados, nariz achata-da, boca descomunal y ojos mortecinos.

Se levantó en medio de las aclamaciones de la reunión, y dijo:

«Compañeros: Hemos vivido engañados durante muchos siglos. La regeneración de los pueblos está en las salvadoras doctrinas del anarquismo. Si queréis ver pronto la hermosa aurora del suspirado día, es preciso ir quitando de en medio tantos buitres, tantos cuervos como nos persiguen.

»¿Para qué sirven? Para nada. Guerra contra esos infames que son el odio de todas las gentes. Guerra contra esos fariseos que son unos zánganos que para nada valen y os ro-

ban el pan que es de vuestros hijos. Guerra contra esos farsantes, que son los culpables de nuestras desdichas. ¡Abajo los solideos, viva el petróleo, viva la dinamita!

»He dicho.»

La concurrencia aplaudió frenéticamente.

II

Ha transcurrido un año. Los habitantes de la villa de X se hallaban llenos de gozo y satisfacción porque la Iglesia celebraba aquel día la fiesta de su patrón, San Roque bendito. Las campanas eran lanzadas al viento con loco frenesí. Un viva ensordecedor atronaba los espacios y se confundía con los ruidos de la pólvora y las melodías de la música.

Terminada la procesión, el padre Tomás predicó un elocuente sermón enalteciendo las virtudes de tan glorioso Santo, comparando la España de ayer á la de hoy, tan falta de ideas religiosas.

Con este motivo, y creyendo una zarandaja cuanto dijo el padre Tomás, el presidente de *La Protectora* y varios socios decidieron darle una sorpresa. Al efecto, fueron en su busca sin acobardarles la fuerte lluvia que caía en aquellos instantes. Aceleraron el paso y pronto estuvieron junto á la casa del padre Tomás. Éste se hallaba abstraído en sus oraciones cuando sintió fuertes golpes.

—¿Quién es?— preguntó abriendo la ventana.

—Un pobre anciano que pide confesión.

—Pasad, hijos míos, y refugiaros un poco de esa hermosa lluvia, que si bien á nosotros nos molesta, en cambio es beneficiosa para los campos.

Vistióse con presteza y, envuelto en un balandrán tan viejo como él y apoyado en su cayada, salió á la calle. Aquellos infames condujeron al anciano sacerdote hasta un extremo de la población, y allí, protegidos por las sombras de la noche, le apalearon brutalmente.

III

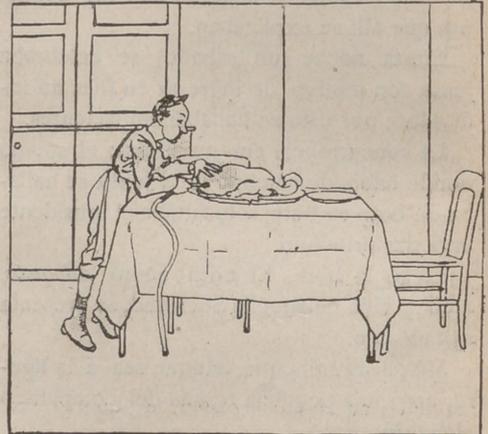
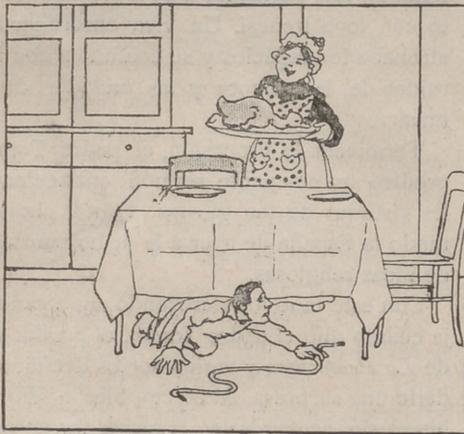
Alberto *Adoquin*, presidente de *La Protectora*, se hallaba cumpliendo condena por ser uno de los que tan villanamente hirieron al padre Tomás.

Cuando el furioso anarquista salió de la cárcel, cayó enfermo. Su cariñosa esposa le proponía la presencia del señor cura, aunque

—Ven, esposa mía, acércate. Cuando tú mueras, ¿qué será de nuestro hijo? Ven, pedazo de mi alma; quiero dejar en tu pura frente mi último beso. Pronto, muy pronto, te quedarás sin padre. Adiós, hijo mío... ¡Solo!... ¡Solo!...

—No apenes tu alma—le dijo el padre Tomás que había escuchado sus últimas pa-

Un pavo que resucita (historieta muda).



no fuera más que para dar una satisfacción al mundo, arrepintiéndose de su modo de obrar; pero *Adoquin*, falto de conciencia, por toda contestación lanzó una terrible blasfemia.

—Por tu inocente hijo—decía su esposa mostrándole un hermoso niño de tres años, de ojos azules puros como el azul del cielo, y rubio como los ángeles—; siquiera por él, arrepíentete de todo. Tu fin se aproxima, y es conveniente que vuelvas los ojos á Dios; así entrarás en el reino de los cielos.

Viendo que aquellos ojos se iban cerrando hizo llamar al sacerdote.

Hubo un momento de pausa. Al fin, rompiendo aquel imponente silencio, *Adoquin* dijo:

labras—. Tu hijo tendrá padre y no quedará solo en el mundo.

—Pero ¿quién es?—repuso el enfermo lleno de admiración.

—Aquí está, míralo—añadió el señor cura enseñándole un Crucifijo que llevaba consigo—. Escucha lo que voy á decirte: Aunque tú fuiste el que tan vilmente me ultrajó aquella noche memorable, cuyas heridas me han durado hasta hace poco, te perdono, y desde este momento me encargo de alimentar y educar á este niño.

—¡Qué oigo!—dijo Alberto, y profirió una horrenda maldición—. ¿Qué es esto? ¿Es sueño ó realidad? ¿Pero es usted, padre Tomás? No, no es posible—y soltó una carcajada—. ¿De modo que yo ultrajé á usted, le



maltraté y herí con intención de matarle, y usted ofrece su protección á mi hijo de mi alma, en pago de aquello? Si así es, caiga sobre mí el rigor de la justicia. ¡Ah, qué agudo dolor traspasa mi alma!

—Sí, hijo mío, sí; la fe perdida que vuelve á tu alma, la gracia de Dios que llama á tu pecho—repuso el anciano sacerdote—. Sólo te falta confesar tus culpas.

—Padre, ahora mismo—repuso el anarquista—; quiero confesar mis pecados, pero en alta voz para que todo el mundo me oiga. Creo en Dios y en su Santísima Madre. Muero resignado como verdadero cristiano; en la hora de mi muerte hago público mi

arrepentimiento, al mismo tiempo que le ruego vele por este inocente hijo que dejo en el mundo. Y tú, esposa querida, perdóname como me ha perdonado el padre Tomás, y ganarás la gloria como yo la ganaré, ¿verdad, padre Tomás?

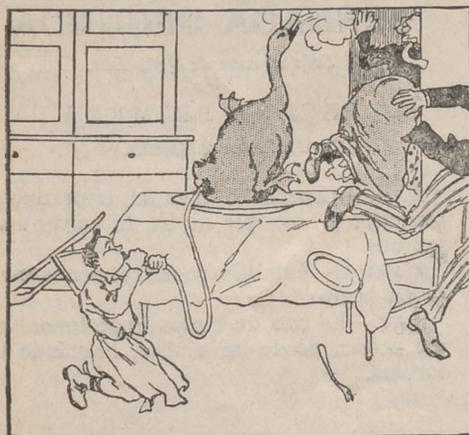
Y diciendo esto hizo un pequeño movimiento y cerró los ojos para no abrirlos más.

El sacerdote y la viuda se arrodillaron y rompieron á llorar, al mismo tiempo que el anciano, en ademán suplicante y con la mirada en el cielo, decía:

—¡Señor, cuánto puede tu infinita misericordia!

Lema «CARIDAD».

(Número catorce de los admitidos.)



TEATRO GUINOL ⁽¹⁾

EL ENGAÑO DEL VESTIR COMEDIA EN TRES JORNADAS POR RAFAEL LEYDA

(Continuación.)

SERENATA

I

LUCAS. Luz que alumbras mi vida,
mi dulce dueño,
sal pronto á la ventana
que aquí te espero.

CONEJO. Mas te advierto que fresca
la noche está,
y si sales te expones
á estornudar.

II

LUCAS. Aunque en el cielo muestre
su faz la luna,
mientras mi Luz no salga
yo estoy á obscuras.

CONEJO. Por lo que mi amo dice
deduzco yo
que eres para don Lucas
vela ó farol.

LUCAS.—¿Viste si se asomó?

CONEJO.—No ví nada.

LUCAS.—Visitémosla. Agradecida á mis
finezas ha de acoger bien mi pretensión.
Llama, Conejo.

ESCENA IV

DICHOS, DON FERNANDO, FRESNO.

FERNANDO. (*Saliendo.*)—Atrás.

LUCAS.—¿Quién sois?

FERNANDO.—Un caballero que, cual vos,
corteja á esa dama, y no cede el puesto.

LUCAS. (*Muy prudente.*)—Si vos estábais
antes, yo me iré.

FERNANDO.—No, hemos de reñir.

LUCAS.—Ridículo empeño. ¿No os digo
que os quedéis?

CONEJO.—(Van á llover palos. Conejo, haz
honor á tu nombre.) (*Va á escapar.*)

FRESNO. (*Echándole mano.*)—No te esca-
pes, compañero. Tenemos que hablar.

CONEJO.—(Topé con el hurón.)

FERNANDO.—Reñiremos, y el precio de la
victoria será la dama.

LUCAS.—Vuestra es la victoria.

FERNANDO.—Y además la capa y el som-
brero del vencido.

CONEJO.—Creo que no hay mucha igual-
dad en la apuesta.

FRESNO. (*Atizándole.*)—¿Qué dices?

CONEJO.—¿Yo?... Nada.

FERNANDO. (*Desenvainando.*)—Sacad la
espada y ella decida la contienda.

LUCAS.—Por fuerza hay que ser héroe.
(*Desenvaina también y riñen.*)

FRESNO.—(Fresno, acuérdate de tu nom-
bre y pega.) (*Riñe con Conejo, y al fin salen
éste y Don Lucas perseguidos por Fresno y
Don Fernando.*)

JORNADA SEGUNDA

Sala en casa de Doña Luz.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LUZ, CAMILA.

LUZ.—Despaché bien al impertinente
mancebo y creo que no ha de volver á se-
guirnos.

CAMILA.—También yo me reí donosamen-
te del lacayo.

LUZ.—Es uno de tantos importunos que
me acosan desde mi viudez, buscando mi
fortuna.

(1) Véanse los números anteriores.

CAMILA.—Si por entre la sombra del manto observó tu cara, bien pudo enamorarse sin codicia.

LUZ.—Aduladora.

CAMILA.—Tal vez lo hayas tratado injustamente. ¿Viste cómo era?

LUZ.—Casi le miré. Su pobreza me previno en contra. No podría dar razón de su rostro.

CAMILA.—A veces una mala capa oculta un buen talle. (*Se oyen dos aldabonazos en la puerta.*) Lllaman.

LUZ.—Será el vejastrón de Don Lucas. Hace poco sonó su serenata. Ve á abrirle. Entretendremos la velada oyendo sus san-deces. (*Sale Camila y vuelve presta.*)

CAMILA.—Señora, es un caballero que desea hablarte.

LUZ.—¿Cuál es su apariencia?

CAMILA.—La mejor. Viene envuelto en lujosa capa encarnada. Trae con él un lacayo bien vestido.

LUZ.—Que entre.

ESCENA II

DICHOS, DON FERNANDO, FRESNO. *Traen las capas y los sombreros de Don Lucas y de Conejo.*

FERNANDO.—Señora, soy un caballero veronés. La fama de vuestra hermosura llegó hasta mi ciudad y vine sólo por veros.

LUZ.—Hicisteis mal, porque al verme juzgaréis...

FERNANDO.—Que mintió la fama.

LUZ.—¿Cómo?...

FERNANDO.—Porque no me dijo toda la excelsitud de vuestra belleza.

LUZ.—Sois galante. (*Bajo á Camila.*) (Bien se explica.)

CAMILA. (*Bajo á Luz.*)—(Y su capa es hermosa.)

FERNANDO.—Ahora siento el haber venido. Luché en el viaje con la furia de las olas y con los piratas argelinos. Ni aquéllas pudieron vencerme ni éstos cautivar-me. Y apenas llegado á vuestra presencia, me encuentro vencido y cautivo.

LUZ.—Poco hace que me visteis para que lo que dice vuestra lengua exprese el estado de nuestro corazón.

FERNANDO.—El corazón manda y la lengua obedece. Y en prueba de ser verdad lo que digo, solicito humildemente ser vuestro esposo.

LUZ.—(¿Oyes, Camila?)

CAMILA.—(Acéptale. Es rico. ¿No ves la capa que lleva?)

LUZ.—Venid adentro y seguiremos la plática. Pero dejad la capa.

FERNANDO.—He hecho voto de no quitármela hasta que los esponsales se celebren. (*Salen.*)

ESCENA III

CAMILA, FRESNO.

CAMILA.—(El lacayo debe ser buena presa.)

FRESNO.—Gracias á Dios que te miro, emperatriz del estropajo. Hasta Verona llevó la fama tu retrato, y vine aquí por conocer el original.

CAMILA.—¿Y cómo te dijeron que era?

FRESNO.—El pelo, una hermosura: largo y rubio como los rayos de Apolo, sin más defecto que el de ser postizo. La cara fuera un óvalo perfecto si un carrillo no le faltara, ausente por causa de un mordisco. Los ojos excedían en resplandor á las estrellas; pero celoso de su luz, mandó Venus dos nubes que discretamente los velaran. La boca es grande, sí, pero bien amueblada, con dientes que serían blancos si se los limpiase. El cuerpo es rollizo, sólo que por equivocación tiene detrás lo que delante suelen tener las mujeres. Y en fin, lo gallardo de su andar asombraría sino fuese coja.

CAMILA.—Y ¿qué te parezco?

FRESNO.—Superior al retrato.

CAMILA.—Y ¿nos casaremos?

FRESNO.—Cuando quieras.

CAMILA.—Tu amo, ¿te da buena soldada?

FRESNO.—Yo llevo la bolsa siempre llena (de aire) y gasto de ella á mi antojo.

CAMILA.—¿Por qué no te quitas la capa?

FRESNO.—Porque estoy resfriado. Y porque no quiero deslumbrarte con el esplendor de mi traje.

CAMILA.—¿Es rico?

FRESNO.—De paño brocado (por la grasa) y lleno todo de bordados primorosos (hechos por mi aguja).

CAMILA.—Vamos á ser muy felices.

FRESNO.—Con tres pares de narices (que te vas á quedar). ¡Ay, Filomena!

CAMILA.—No me llamo Filomena.

FRESNO.—¡Ay, Sinforosa, qué maridito vas á tener! (*Se la lleva en volandas.*)

(*Se continuará.*)

DE COLABORACIÓN

EL ESCARMIENTO

PAQUILLO, el hijo del Sr. Joaquín el hortelano, era uno de tantos muchachos que miran con desprecio que sus compañeros vayan al colegio, por la sencilla razón de que él no iba; y no quería que fuesen los demás, para que las malas miradas del maestro no se dirigieran á él, sino á todos los que iban al colegio.

Ya se habrá comprendido que si no iba á la escuela no era porque su padre no se lo mandaba.

Una mañana fresca del mes de Septiembre, se le ocurrió á Frasquito ir á hacer rabiñar al guarda de una posesión que había en las afueras del pueblo. Como lo pensó, se dispuso á hacerlo: en un momento reunió á tres muchachos, pendencieros y díscolos como él, y les expuso su idea.

—¡Vamos, vamos!—dijeron los muchachos.

—¿Vamos á correr para llegar antes?—dijo Paco...

—¡Duro!—exclamó uno de los chicos que se llamaba Pedro.

—¡Duro!—repitieron los otros dos, que se llamaban Luis y Gregorio.

Y echaron á correr.

Pocos momentos después entraban nuestros cuatro personajes en el terreno antedicho. En cuanto se cercioraron de que nadie los vigilaba, echaron á correr para el centro de la posesión. Pero pronto se pararon ante una enorme valla que les cerraba el paso.

—¿Qué hacemos ahora?—dijo Luis rompiendo el silencio.

—Pues vamos á las viñas á coger uvas—dijo Paco.

—¿Y dónde está la viña?—preguntaron Gregorio y Pedro.

—Venid todos, que yo sé donde está.

Todos le siguieron. Mientras habían estado hablando y sin que ellos se dieran cuenta, por el mismo camino que ellos vinieron bajaba el que ellos creían su mayor enemigo: el guarda. Este, que los había visto entrar sin que ellos lo notaran, los siguió, escondiéndose entre los arbustos que bordeaban el camino, desde donde escuchó lo que decían.

—Veréis, veréis cómo nos divertimos haciendo correr al guarda; ¡más que esos *ton-tos* que van al colegio!

Entonces pensó el guarda:

—Yo les diré á esos si se divertirán más que los que están en el colegio cumpliendo con su deber, ¡muñecos! Ya les enseñaré yo á que no se burlen de las personas que tienen canas. Ahora que se van por la casa de D. Julián, ya los tengo en mi poder.

Entretanto, los chicos se dirigían á la viña saltando y brincando. Tenían que pasar, como pensaba el guarda, por la casa donde habitaba el dueño. Cuando mayor era su alegría, oyeron hablar á dos personas, y poco después vieron á dos hombres que salían de la casa para cogerlos, gritando y llamando al guarda.

Los chicos llamaron á *tacones* por ver si podían escapar de una paliza. Pero cuando estaban más afanados en su carrera, oyeron una voz de trueno que decía:

—¡Eh! ¿Adónde se va?

Al mismo tiempo vieron salir al camino á un hombrachón, alto y robusto, que les cerraba el paso. Después llegaron D. Julián y Cosme, su criado, y cogiéndoles á cada uno de una oreja, le dijeron al guarda:

—Ahora puedes tomar la revancha de los destrozos que han hecho en la huerta todos los chicos del pueblo.

Los muchachos lloraban diciendo al guarda que ya no lo volverían á hacer más.

—No hay *tu tía*—dijo éste—; no ibais á divertirlos haciéndome rabiñar? ¿No estábais aquí mejor que en el colegio? Pues ya que

habéis hecho el pecado, sufrid la penitencia.

Y dirigiéndose al dueño, añadió:

—¿Los *vapuleo*?

—No—contestó éste—; por esta vez perdónalos; pero como lo vuelvan hacer...

—No, no, señor; no lo volveremos á hacer más—dijeron los muchachos lloriqueando.

—Bueno, marcharos—dijo D. Julián—; pero como yo me entere de que venís aquí, después de daros una paliza, se lo diré á vuestros padres para que os den otra.

Los muchachos, llorando, dieron las gracias y pronto desaparecieron.

Mas no por eso escarmentaron; nunca fueron al colegio y sí á otros campos á coger uvas. Pero enterado el padre de Paco de la conducta de éste, le castigó con tanta justicia, que el chico no volvió á hacer de las suyas. Además, el Sr. Joaquín se lo dijo á los padres de los otros chicos, y éstos llevaron á su vez su castigo. Así escarmentaron los cuatro, y con ellos todos los chicos del pueblo que, por espíritu de imitación, hacían lo mismo que ellos.

CARTA ILUSTRADA

Madrid  de Mayo 1894.

Querido Elga J.:

Me pides en tu  del 5, te compré un  que tenga unos 5  de alzada y unos 2  ¹⁸⁹⁴/₁₄₀₃ y además una  de montar, A etc, etc; y te dice que como no mandes los , no te compré nada, porque sé, me quedará de la  de Valencia. Me han dicho que ahí juegas mucho al  y que pierdes muchos ; dime cuando me contestes si hace ahí mucho  porque si no hace mucho me iré á pasar el . Da recuerdos á tu , y tú recibe un  de tu amigo

Francisco Loreda

Hoy día, nunca faltan al colegio ni van á hacer rabiar á los guardas, por si acaso se vuelven las tornas y los hacen rabiar á ellos.

IGNACIO RODRIGO.

CORRESPONDENCIA

Oscar D. Méndez.—Ribadeo.—Publicaré algo de lo que remite.

R. Fernández.—Hornachuelos.—Amigo mío, de versificación anda usted muy mal. Si guarda usted el borrador de *El orgullo de un lirio*, examínelo atentamente y verá que no es admisible.

Silvio Pérez.—San Sebastián.—Entra en turno.

Carmita Alonso.—Madrid.—Envíe usted alguna cosa y tendré mucho gusto en complacerla.

Luisa Pérez Builla.—Orense.—¿Por qué no envía cosas originales? Ese cuento es muy conocido.

Javier Gutiérrez.—Madrid.—Su trabajo entra en turno. Respecto de lo otro, permítame que discrepemos. Más adelante se publicarán las bases de un con-

curso para dibujos de tamaño 9 por 12. Todo no se puede hacer de una vez.

P. Aparicio.—¿Ronda?—Tendría sumo placer en servirle; pero no sé si podré hacerlo.

Alberto González.—Avilés.—Ha sido un lapsus de los que no hay manera de verse libre. Muchas gracias. Creo que no vale la pena de sacarle los colores.

P. P. W.—Sevilla.—Le complaceré. No hay tiempo para las ilustraciones. Muchas gracias por lo otro.

Antonio Miguel Martín.—Madrid.—Entra en turno el cuento; pero le advierto á usted, y á todos los que remiten original, que no sean impacientes. Todo se publicará á su debido tiempo.

Ricardo Menor.—Jumilla.—Conforme con su carta. El pasatiempo sirve; los versos quedarían en tal forma al ser corregidos, que usted mismo no los conocería.



CONVERSACION CHARADÍSTICA por M. Moncó.

—Hola, Juanita; ¿de dónde vienes?
 —De comprar *primera*.
 —Y tu hermano, ¿qué tal va de sus asuntos?
 —Muy bien; ayer estuvieron viendo si daba la *segunda tercera*, y viendo que no la daba le han dicho que no sirve más que de *todo*.

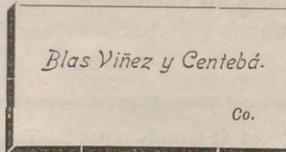
SALERO NUMÉRICO por Enrique Ibáñez.

	1	Consonante.
	3 7	Nota musical.
	5 4	Idem id.
	6 7	Idem id.
	9 0	Idem id.
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0		Nombre de varón.
5	4 7	5 Verbo.
3	7 5 0	Tiempo de verbo.
8 2 3	4 5 0	En la aritmética.

JERoglÍFICO por Silvio Pérez.

50 A 1.000 2 A

TARJETA por Rafael Chuliá



Combinando las letras de esta tarjeta resultará el nombre y apellidos de un novelista español.

TRIÁNGULO por Benito Garriga.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, nombre de animal; 2.º, pronombre; 3.º, diptongo, y 4.º, consonante.

CHARADA COMPRIMIDA por Carlitos Lefeves.

1.ª y 4.ª, nombre de mujer; 3.ª y 4.ª, idem id.; 2.ª y 4.ª, animal felino; 2.ª, 3.ª y 4.ª, para los soldados; el *todo* una flor.

ADIVINANZA por Oscar D. Méndez.

¿Cuál es la cosa más fea que puede darse en un joven?

CUADRADO por A. Calvín.



Sustituid los puntos por letras de manera que se lea horizontal y verticalmente: 1.ª, verbo; 2.ª, animal cuadrumano; 3.ª, planta aromática, y 4.ª, nombre de mujer.

TRIÁNGULO por Nieves Campa.

1	Número romano.
5 4	Artículo.
7 4 7	Para volar.
1 5 4 7	En los barcos.
7 1 2 4 7	Provincia de España.
1 5 4 5 6 7	En las torres.
1 2 3 4 5 6 7	Flor.

SOLUCIONES

Al acertijo por José Pedrero: VIVA.

A la charada por F. Guerrero: RAFAELA.

Al rombo por L. Ruedas:

C
 M A S
 M A T E O
 C A T O R C E
 S E R I A
 O C A
 E

A la tarjeta por Flora Gilman: EMILIO SALA.

A la fuga de vocales por S. Domingo Tejedor:

Siempre estoy deseando que los días
 pronto se pasen y que llegue el sábado,
 pues el ROSA Y AZUL sale ese día
 y es para mí el más lindo semanario.

Al jeroglífico por Leonardo Ordoño: REALCE.

A la letra numérica por V. Más: MARCELO.

Al triángulo por Luis R. L.:

A D U L A
 D E V A
 U V A
 L A
 A

COLEGIO DE ESCRIBANO

1.^A Y 2.^A ENSEÑANZAS. — CARRERA DE COMERCIO

Pontejos, I. -- MADRID

Este centro de enseñanza, cuyo higiénico local nada tiene que envidiar á los de mejores condiciones de esta corte, cuenta con todo el material que hoy exige la moderna Pedagogía.

El nombre de su Director es bien conocido por cuantos se dedican á la enseñanza.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

Es la única con iodo que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8
MADRID

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA
ALIMENTO ESPECIAL
PARA
NIÑOS
Ancianos y convalecientes

BIBLIOTECA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

(ZAHM Padre dominico).

LA EVOLUCIÓN Y EL DOGMA
(Acabada de publicar), 5 pesetas.

SCHEICHER (Profesor de Moral).

LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL
3 pesetas.

A. ZERBOGLIO (Catedrático y Diputado).

EL SOCIALISMO Y LAS OBJECIONES MÁS COMUNES
2 pesetas.

Todas estas obras, de universal reputación, esmeradamente traducidas é impresas, se hallan de venta en la *Sociedad Editorial Española*, calle de San Roque, 18, Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

ANTES DE TOMAR LA LACTOFERRINA DESPUÉS DE TOMAR LA LACTOFERRINA

Tos Ferina
y toda clase de
TOS EN LOS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA
LACTOFERRINA
del Dr. M. CALDEIRO
5 pls. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capellanes 1.-MADRID
Por 5,50 pls. la remite el autor por correo
PUERTA DEL SOL N.º 9
MADRID

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MÁS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden retirarse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbadó

DE 6-06

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, líneas, sinceografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

1886 BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con **Perla Estomacal F. Moreno.** Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.

26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.

» jerga » 10 »

Gabanes » 10 »

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.

Gabán » 85 »

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**

con cocaína.—
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thioocol-clamovazádico-fesfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, **Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid**